

Recorriendo el bosque en todas direcciones, llegaron á una llanura de espantosa aridez: ni un tallo de yerba, ni un árbol aparecía sobre la superficie de la tierra. Los cazadores se quedaron estupefactos, porque, aunque conocedores del país, no habían visto hasta entonces cosa que se pareciese á la que tenían delante de los ojos. Convinieron en atravesar la llanura hasta descubrir un riachuelo, alguna vegetación, ó una choza ó cabaña, pero andaban, andaban, y aquello no cambiaba de aspecto. El hambre y la sed se dejaban ya sentir, y las provisiones se encon-



Tipo calmuco.

ve ningún punto de abrigo, no hay esperanza de salvación!—Va á enterrarnos la nieve, añadió uno de ellos; pero cuando pase la tromba podremos salir á la superficie, trabajando los siete con pies y manos.

Apenas había pronunciado estas palabras, cuando los cazadores vieron en su presencia un gigante, hijo de un mammut antediluviano, que llevaba en la mano un arco colosal. Me olvidaba de decir que el gigante iba en un trineo.

—¿Dónde vais? ¿Qué haceis ahí? dijo con voz de trueno aquel ser sobrenatural.

—Tentábamos la suerte de la caza, respondieron nuestros hombres; pero nos persigue la desgracia, y no hemos hallado ni caza ni leña.

—Encaminaos hácia el Oriente, repuso el gigante: cuando veais tres grandes alerces y una gruesa peña junto al tronco carcomido de una encina secular, tropezareis con la fortuna: quedareis sorprendidos ante la hermosura, la variedad y la abundancia de las piezas de caza.

traban casi apuradas. Aquellos rostros varoniles, aquellas naturalezas hechas para la fatiga, experimentaban la más profunda angustia: aquellos hombres de corazón fuerte y valeroso lanzaban gritos de agonía.—¿Qué haremos? se decían. ¿Seguiremos caminando, ó volveremos á nuestras casas más pobres que salimos?

Mientras conferenciaban, descubrieron en el horizonte una tromba de nieve impelida por un viento furioso.

—¡Vamos á perecer, dijeron los cazadores; no se

—Pero, ¿cómo llegar al sitio que decís? Estamos desorientados, perdidos; y solo vemos una interminable sábana de nieve.

El gigante sacó una flecha del fondo de su trineo; la puso en el arco, y la lanzó en el espacio, diciendo:—Seguid la dirección que ella os indica.

Obedecieron los cazadores, siguiendo la dirección de la flecha, y llegaron al sitio en que se había clavado en la nieve. Todos se precipitaron, con el fin cada cual de apoderarse el primero del talismán; pero la fuerza reunida de los siete no consiguió arrancarla. Es necesario decir que la flecha era proporcionada al brazo que la había lanzado.

Después de la primera emoción, se pusieron los cazadores á mirar en torno suyo; y ¡cuál sería su sorpresa al ver los tres alerces, el grueso peñasco y el tronco de la encina! No tardaron en realizarse todas las predicciones del gigante, pues al momento empezaron á ver por todas partes una inmensa cantidad de caza. Un solo tiro disparado al azar mató una zorra y un armiño. La caza tan magnífica como

fácil, fue tan considerable, que apenas bastaban á contenerla los siete trineos.

Los cazadores pensaron que sería prudente volver al hato con su rico botín; pero viéndose en el mismo sitio en que habían encontrado al gigante, se preguntaron si la gratitud no les obligaba á ir á dar gracias á su bienhechor; cosa posible, pues que sobre

la nieve se distinguían los surcos del trineo que aquel montaba.

Siguieron su dirección, y por el camino encontraron también las piezas más hermosas; pero no quisieron detenerse, pues tenían mucha prisa en contemplar á su salvador. Al fin, descubrieron el asilo sagrado, y el gigante, como un simple mortal, les



Cazador siberiano atacando los osos.

salió al encuentro seguido de su esposa y de su padre. Después de recíprocos cumplimientos, el gigante se separó por un instante; mató catorce renos y mandó á su mujer que los guisase lo mejor posible para la cena; pero él empezó por cortarles las cabezas y ofrecerlas á los cazadores. Los ostiakos son muy golosos en general; sin embargo, nuestros cazadores manifestaron su gran admiración viendo los preparativos de la cena, y dijeron modestamente que no podían comer todo lo que se les servía.—«Vosotros hareis lo que mejor os parezca, respondió el gigante: en cuanto á mí, nada he cambiado en mis costumbres. Lo que estais viendo es mi cena ordinaria.»—A pesar de la capacidad de sus estómagos, no pudie-

ron pasar los cazadores de dos renos; pero su sobriedad fue recompensada, pues el gigante dispuso que les pusieran en los trineos el resto de la cena.

Cuando llegó la hora de acostarse, hizo traer el gigante gran número de pieles, á cual más hermosas, y las ofreció cortesmente á los cazadores, diciéndoles:—«Quiero que durmais sobre estas pieles, y que os las lleveis mañana.»

Al día siguiente se presentaron los cazadores ante el coloso, para darle de nuevo gracias por su generosa hospitalidad. Toda la familia estaba reunida, y el anciano padre, tomando la palabra, dijo á su hijo el gigante:—«¿Dejaríais partir á estos extranjeros sin darles alguna prueba de vuestra munificencia?» El

gigante se apresuró á obedecer á su padre; y tomando un lazo de desmesurada longitud, lo enseñó á los cazadores, diciéndoles: «Voy á coger renos: os daré tantos como pueda contener mi lazo.»

Salió á la puerta de su palacio y lanzó un silbido para llamar á los renos; y los renos acudieron, y el los cogió, á éste por las astas, á aquel por las piernas; y cuando hubo cogido treinta, los distribuyó entre los cazadores, que no cesaban de darle gracias, y al fin se marcharon.

Por el camino encontraron un rebaño de renos de la mejor especie.—«¡Oh, qué hermosos animales!» exclamaron. Y uno de los siete, mas atrevido que sus compañeros, les propuso robar los renos, ó apoderarse de alguno de ellos al menos.—«El dueño, añadió, no lo conocerá: es rico y poderoso; nuestra conciencia no tiene que alarmarse.»

—Lo mismo pensaba yo, dijo otro.

—¿Dónde ocultará sus tesoros? añadió el tercero; pues sus tesoros deben guardar proporcion con el número de sus renos.

—Es singular, exclamó el cuarto: en eso mismo estaba yo pensando.

—En efecto, repusieron el quinto y el sexto; teneis cien veces razon; ¿qué mal hay en que tomen algunos renos? El que posee tantas riquezas, es mas feliz de lo que merece: hagámonos la justicia que se nos niega: tomemos.

Y al punto se pusieron á robar todos los renos que pudieron atrapar.

—Camaradas, vais á cometer un crimen, dijo el sétimo cazador: ingratos y ladrones á la vez, es demasiado; os han colmado de beneficios; teneis con que mantener á vuestras mujeres é hijos por espacio de seis meses lo menos: ¡y aun os tienta el demonio de la codicia! No mancheis vuestras manos.

—Ni nos agrada tu moral, ni pedimos tus consejos, respondieron los seis cazadores. Ea; manos á la obra, y ese que nos censura, que nos deje en paz.

—Sí; me alejo de vosotros; pero antes de hacerlo, os ruego otra vez que penseis en vuestros hijos; pues vuestro crimen redundará en daño suyo.

—Nuestros hijos serán mas ricos, y es lo que importa; los tuyos serán siempre pobres... Huye de aquí, añadieron los ladrones, ó de lo contrario te matamos y estará mas seguro nuestro secreto.

El hombre honrado reunió los renos que le pertenecian legítimamente, hizo marchar su ganado delante de él, y partió con la conciencia tranquila y el corazón entristecido.

Cuando los ladrones se vieron desembarazados de un testigo importuno, se apoderaron de trescientos renos y los mezclaron con los que ya tenian, para ocultar mejor su robo.

Andando, y deteniéndose alguna vez para mirar

si le seguian sus antiguos compañeros movidos por el remordimiento ó por el miedo, el buen ostiako reflexionaba de esta manera: «Ellos eran honrados, y un solo momento ha sido suficiente para convertirles en criminales. La riqueza ¿hace al hombre mas feliz, ó mas desgraciado? No lo creo. He visto á pobres partir con otro su último pedazo de pan, y jamás he visto á ricos partir su fortuna... De estas meditaciones le sacó de pronto un ruido sordo y extraño, muy semejante al de un terremoto. Se detuvo asustado, y vió delante de sí al gigante, cuyos ojos centelleaban, y echaba, de rabia, espuma por la boca. El ostiako hubiera querido verse anonadado, y temblaba como si fuese culpable.

—Yo no soy, dijo al gigante, ni ingrato ni ladrón. Solo me llevo lo que vos me disteis: soy bastante rico con vuestros beneficios, y no llevo un robo impío sobre la conciencia.

Estas sencillas frases convencieron al gigante, quien echó á correr en otra direccion con paso desordenado, y alcanzando á los verdaderos ladrones, les dijo:

—Habeis abusado de mi bondad... ¡Sois unos cobardes ambiciosos, y sereis castigados! Y diciendo estas palabras, tendió en su arco la flecha de que antes hablé: la flecha fue lanzada y los seis ladrones fueron traspasados á la vez.

Después de esta ejecucion se aproximó el gigante al sétimo ostiako, y le dijo:

—Tengo poder para castigar á los culpables, y le tengo tambien para recompensar la virtud. Tú has resistido la tentacion de las riquezas y has tenido el raro valor de dar un buen consejo: tú tendrás el premio de tu buena accion: mira en torno tuyo: todo lo que ven tus ojos te pertenece; esos innumerables rebaños, tuyos son. Posee sin temor tus riquezas, y sé siempre honrado para ser digno de tu felicidad.

Un nuevo año de destierro.

29 diciembre.—Las fiestas de Navidad se suceden sin interrupcion hasta la Epifanía, y durante ellas, se disfraza la gente, se visten diferentes trajes, y con ellos y el rostro enmascarado, se visitan unos á otros. Todo esto se hace sin jovialidad, sin la menor señal de alegría ni de buen humor. Se disfrazan, y á esto se reduce todo; pero se hablan muy poco.

1.º enero 1840.—Las campanas anuncian la solemnidad del dia, y todos se dirigen felicitaciones, formulando deseos y haciendo votos... ¡Qué dia tan triste para mí! ¡No podré abrazar á mis queridos hijos: no recibiré sus dulces caricias!... ¡El pasado está tan lejos y el porvenir es tan oscuro!... He ido á la iglesia y he pedido á Dios una esperanza, una sola... Al volver á casa he encontrado una carta de mis hijos;

y yo tambien soy dichosa; puedo participar de la felicidad de los demás; mi corazón está reanimado; podré vivir, pues que mis hijos piensan en mí.

21 enero.—Dos dias antes de la Epifanía, llega el delirio á su colmo: los berezowianos se entregan á bailes fantásticos. La edad y el sexo nada importan; lo mismo los cabellos blancos que los negros echan la ropita al mar; las abuelas loquean con intrepidez, y

las nietas, á su ejemplo, rompen todo freno. He visto una mujer que tenia sobre el corazón el luto de un hijo pequeño, y saltaba y bailaba con furor, como si tal cosa. Dos dias antes de la Epifanía nadie debe estar triste; la alegría es un deber, y la gente se vuelve loca, insensata... dichosa por cuarenta y ocho horas.

Al dia siguiente, cuando la ciudad volvió á su cal-



Osos conducidos al mercado.

ma ordinaria, entró en mi cuarto nuestra buena huéspedada armada de un hisopo y de un vaso lleno de agua bendita, y al punto se puso á hacer la señal de la cruz y echar agua bendita en todas direcciones: hacia *asperges* y *asperges* sin olvidar el menor rincón.

—¿Qué significa eso? le pregunté.

—Puesto que no estais enterado de nuestras piadosas costumbres, voy á explicárolo. La ciudad, en estos últimos dias ha sido presa del diablo: esas fiestas y bailes sinnúmero, son obra de Satanás; esas jóvenes modestas que se vuelven descaradas; esos mozos que se hacen audaces; esas viejas, que ni siquiera tienen la escusa de los pocos años para estar locas; esas viejas, que se hacen mas feas y repugnantes con sus gestos de placer; todas esas cosas asquerosas son inspiradas por los demonios del infierno... Hoy es preciso acabar con el poder infernal, y yo lo rocío todo con agua bendita para desterrar de aquí al diablo: no volverá mas, mis aspergones y mis oraciones le arrojan por siempre jamás.

La noche pasada ha estallado sobre la ciudad una tempestad espantosa: las puertas crugian, los techos se venian abajo, los árboles se torcian y eran arrancados de raíz. En lo mas recio del huracán creí que la casa se hundia. Nuestra huéspedada, siempre solícita, vino muy tempranito á informarse de cómo habíamos pasado la noche. La dimos gracias, y la participamos que habíamos acabado por dormirmos, á pesar del estruendo.

—No me maravilla, dijo; yo habia tomado mis precauciones, pero ya veis cuán grande era la cólera del diablo. Sin mis *asperges*, hubiéramos perecido todos en la tempestad.

El frio no cesa; el termómetro de Reaumur marca hoy 35 grados. La saliva se hiela antes de llegar á tierra, y la respiracion se condensa al salir de la boca.

26 febrero.—Hoy es el primer dia de Cuaresma, y segun costumbre se hacen hoy visitas con el respetabilísimo objeto de pedirse humildemente perdon de

los recíprocos agravios que han podido inferirse en el trascurso del año. Esta costumbre no es, como creerán algunos, una fórmula vana, ó cosa de pura fórmula, como nuestras felicitaciones de año nuevo: no; se obra al impulso de un sentimiento cristiano lleno de sinceridad; y muchas veces sucede desvanecerse odios envenenados, rencores, enemistades, ante algunas palabras de perdon ó excusas salidas del corazón.

La observancia del ayuno y de la abstinencia se lleva aquí con todo rigor. Es de obligación, en Cuaresma, comer mal, ó no comer nada. Se usa mucho pescado; generalmente se le sirve crudo, y como está completamente helado, se corta en rodajas muy delgaditas y se las tragan como ostras antes de que puedan deshelarse. Algunas veces se le polvorea con pimienta, pero nunca se le echa sal. Cuando el ama de casa trae en un plato esas rodajas de pescado, los que están en la mesa se apresuran á tomarlas, y emplean tanta celeridad en esta faena, que el hielo que rodea las rebanadas no tiene tiempo para fundirse.

El pescado, tan en boga en invierno, no es despreciado en verano, y también se come crudo. Siempre hay gente en las orillas del río: esperan la vuelta de los pescadores, y cuando estos vacían sus redes, las mujeres y los hombres se apoderan del pescado, y, aun vivo, lo cortan á rebanadas.

3 mayo 1840.—«¡La corneja! ¡La corneja!» Un mozo entró precipitadamente en nuestro salón diciendo:—«¡La corneja!»—y se marchó dando muestras de la mayor alegría. Bajamos al momento para preguntar á nuestra huésped el objeto de tan singular visita.

—«Las cornejas, nos dijo, anuncian la aproxima-

ción de la primavera, y con la primavera renacen la alegría, la felicidad, la abundancia. El primero que ve una corneja va de casa en casa, y ese mensajero de la esperanza es siempre bien recibido.»

Hace seis semanas que el doctor Wakulinski, discípulo de la Universidad de Wilna, está en Berezow purgando su ardiente patriotismo. La semejanza de nuestras situaciones era un lazo: habíamos visto con frecuencia á este excelente polaco, y poco á poco se ha enamorado seriamente de mi compañera Josefina Rzonzevska. Las simpatías que nacen en la desgracia tienen un carácter sagrado. Josefina participa del afecto del joven desterrado, que ha pedido su mano, y la obtendrá si lo permite el emperador Nicolás, pues aquí no es permitido amar, ni casarse sin el consentimiento soberano del emperador. Este proyecto me llena de alegría: va á deslizarse en mi existencia un dulce interés y de un modo inesperado.

Aquí saludan la vuelta de la primavera, y nosotros hemos celebrado nuestro aniversario de 3 de mayo de 1791, aniversario glorioso y amado de todos los corazones polacos. La fé en el porvenir que sostiene á Polonia en medio de las persecuciones y del martirio, ha intentado una nueva regeneración política; pero la influencia extranjera debía ahogar entre sus garras esos esfuerzos generosos.

MME. OLIMPIA CHODZKO.

NOTA. De vuelta á sus hogares y á su familia, después de este destierro, Mme. Felinska murió en 1859. Por una estraña mudanza de cosas y opiniones, su hijo fue nombrado en 1862 arzobispo de Varsovia por el emperador Alejandro II.

INDICE.

VIAJE Á MÉJICO, por Mr. VIGNEAUX.—1854-1855.

Las Tetas de Cabra.—Aspecto de la costa Gaymas.—Prision.—El calabozo.—El cuartel.—Soldados mejicanos.—Gaymas.—Aspecto general.—Tipos.—El aguador y su asno.—El puerto.—Tisonlla.—Guaynamote.—Lodelamedo.—Llegada á Tepic.—Aspecto de la prision.—Nuestra condena.—Los salteadores.—Salida de Tepic.—Atascaderos.—Talisco.—San Leonel.—El Monte de los Cuartos.—Santa Isabel.—Teticlan.—Indios Pintos.—Istlan.—El plano ó llanura de la Barranca.—Venta de Mochitille.—La Magdalena.—Tequila y el Mascal.—Amatitan.—Guadalajara.—San Pedro.—Hospicio de Belen.—Guadalajara y sus paseos.—Nuestra Señora de Zapopan.—Reclutamiento mejicano.—Amnistía y partida.—Guanajuato y sus cercanías.—Minas de plata en Guanajuato.—El pulque y los magueyales.—La meseta de Méjico.—Los órganos de Actopan.—La Cañada.—Encuentro sospechoso.—Tepeje del río.—Huehuetoca y desagué.—Topografía del valle de Méjico.—Cuautitlan.—Tanepantla.—Aspecto del valle.—La Virgen de Guadalupe y la de los Remedios.—Méjico.—El leproso mejicano.—Catedral y sagrario.—Plaza de armas.—Palacio.—Los Evangelistas.—Pordioseros y presidiarios.—El sereno.—Chapultepec.—Mercados de Méjico.—El aguador.—Una escursión nocturna en Méjico.—Un mayoral ladrón.—Paseo forzado.—Ayotla.—El coche de Puebla.—El bosque de Rio-frio.—Ladrones.—San Martin de Tescmeluca.—La Sota.—Puebla de los Angeles.—La catedral.—Interior de una familia mejicana.—La diligencia.—El cofre, la fortaleza y la ciudad de Perote.—Las Vigas.—Un camino mal conservado.—Jalapa.—Indios de la Tierra Caliente.—Jarochos.—Estado de Vera Cruz.—El leucero.—El puente nacional.—Una fiesta nocturna en Tierra Caliente.—El ferro-carril de Vera Cruz.—Un norte.—Vera Cruz.—Partida. 5

AFRICA AUSTRAL.—Primeros viajes del Dr. LIVINGSTONE.—1840-1856.

Infancia y educación del autor.—Llegada á Africa.—Caza del leon.—Tribus becuanas.—El cacique Sequele.—Sequia.—Creadores de lluvia.—Caza con el hopo.—Viaje al lago Ngami.—El desierto de Kalahari y sus habitantes.—Partida para el alto Zambese.—Viaje de Linyanti á la confluencia del Liambie y del Liba, etc.—La ciudad y córte del rey Shinté.—Traficantes de esclavos.—Los Balondas.—Línea de división de las aguas entre los océanos Atlántico é Indico.—Establecimientos portugueses.—La ciudad de Loanda.—Partida hácia la costa oriental.—Cascadas de Zambese.—Las cataratas del Zambese en los establecimientos portugueses.—Llegada á los establecimientos portugueses.—Senna.—Fuerte de Quilimani.—Adios á los makololos.—Fin de este primer viaje. 65

EL ZAMBESE Y SUS AFLUENTES, por DAVID Y CARLOS LIVINGSTONE.—1850-1864.

Llegada á la costa.—El Luavé.—Bocas del Zambese.—El Congoné.—Festividad del delta.—Colonos.—Canal profundo.—Estado de guerra.—Atrocidades de Mariano.—Encuentro de los rebeldes.—Combate entre los portugueses y los indígenas.—Mazaro.—Zhupaña.—Landines.—Tributo pagado por los portugueses.—Sena y el señor Ferrao.—Presente.—Cazadores de hipopótamos.—Baobab.—Garganta del Lupata.—Nuevo encuentro de los Makololos.—Supersticiones relativas al almanga y al café.—Esclavitud voluntaria.—Afección de los indígenas al comercio.—Práctica de la medicina.—Doctores ex-elefantes y ex-cocodrilos.—Doctores que consultan los dados.—Sena y el índigo.—Minas de oro, hierro y carbon.—Rápidas de Kebrabasa.—El río Luia.—Catarata de Morumbua.—Exámen y rentas de Kebrabasa.—Los contrastes.—Los músicos.—Las estaciones.—La religion.—La expedición sube el Chiré.—Primeras relaciones con unas tribus desconocidas.—Cataratas del Murchison.—El lago Chirwa.—Regreso á Teté.—Mala construcción de vapor.—Nueva escursión por el Chiré (agosto, 1859).—El monte Morambala.—Manantial caliente.—Hombres perseguidos por un búfalo.—El Nyanja.—Pangomo, ó Pequeño-Lago.—El Nyanja-Mukulú, ó Gran-Lago.—Accidente desgraciado.—Caza de hipopótamos.—Elefantes.—Sura ó vino de Palma.—Isla de Dakanomoio.—Venta de un elefante.—Escursión al Nyassa.—Altas tierras de los Manganjas.—Algodón.—El *pelelé* ó anillo de labio.—Bebedores de cerveza.—Lamentaciones fúnebres.—Creencia en la vida futura.—Pequeño lago de Pamalombé.—Descubrimiento del lago Nyassa.—Los mercaderes de Teté.—Ceremonias nupciales.—La hulla y el oro.—Otra escursión al Kebrabasa.—Repartición de un elefante.—El pondono, ó el hombre-leon.—Llanuras de Chicova.—Indígenas viajeros.—Nombres que los indígenas dan á las estrellas.—Ceguera causada por